

La familia, la emigración, la espera

Vitalina Alfonso

Contacto:

linal@cubarte.cult.cu

Ensayista y editora cubana. En 1983 terminó estudios de Filología por la Universidad de La Habana, en la especialización de Literatura Hispanoamericana. Se ha desempeñado como editora en publicaciones como *Casa de las Américas* y *Opción*. Ha trabajado ininterrumpidamente por más de veinte años en editoriales cubanas y en la actualidad se desempeña en Ediciones Boloña, de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana. Paralelamente ha participado en numerosos ciclos de conferencias, paneles, charlas y Ferias del Libro en Cuba, México, Estados Unidos, República Dominicana y Puerto Rico, colaboraciones cuyas han aparecido en publicaciones nacionales e internacionales y ha sido jurado en concursos literarios. En 2001 recibió el auspicio del Cuban Research Institute de Florida International University para un proyecto de investigación sobre narradoras de la diáspora del Caribe hispánico y en ese mismo año obtuvo una de las Becas de Creación de la Asociación de Crítica de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Es coautora de la antología *Cuentos para ahuyentar el turismo. 16 autores puertorriqueños* (con Emilio Jorge Rodríguez, 1991) y autora de los volúmenes *Narrativa puertorriqueña actual. Realidad y parodia* (ensayo, 1994) y *Ellas hablan de la Isla* (entrevistas, 2002). Se encuentra en proceso de impresión por Ediciones Unión un compendio de estudios y reseñas cuyo bajo el título de *Páginas recobradas*.

PALABRAS CLAVE: Emigración; Literatura Cubana; Novelística; Autoras.

RESUMEN: A lo largo de la historia de la sociedad cubana salir de la Isla ha sido una de las soluciones adoptadas ante las crisis, lo cual constituye un detonante significativo en la dispersión continua de la estructura familiar desde hace ya varias décadas. El eco literario en la Isla de este proceso se ha hecho muy visible a partir de los años 2000, fundamentalmente en la novelística escrita por mujeres y también en una porción de autoras de origen cubano residentes en los Estados Unidos. De ello da cuenta este estudio en el que se trazan líneas de coincidencias y de continuidades en todo el conjunto para articular un corpus narrativo de ineludible significación.

KEYWORDS: Emigration; Cuban Literature; Novels; Female authors.

ABSTRACT: During the course of Cuban society history, leaving the Island has been one of the solutions found for the crisis. This fact has been a significant trigger point for the continuous dispersion of the family structure over decades. The literary echo in the Island of this process has become remarkable since 2000, mainly in the novels written by women and many Cuban female artists living in the United States. This present paper analyses this scenario, looking for coincidences and continuities in the whole set of works in order to articulate a narrative corpus that is truly meaningful.

En un estudio publicado en el año 2008, sobre las estructuras familiares cubanas, la investigadora Ana Vera Estrada, desde una visión antropológica, abordó la evolución que habían experimentado los núcleos familiares desde 1959 hasta esa fecha. Con apreciaciones basadas en encuestas y censos, traza una línea descriptiva que va desde el modelo familiar regente, de hogar conyugal urbano, con un estilo de vida que descansaba o aspiraba al norteamericano –y en el cual, para los vástagos, la familia de origen no perdía prestigio ni funcionalidad–, hasta su marcada dispersión, motivada esta, primordialmente, por la crisis económica que ha imperado en prácticamente todos los órdenes cotidianos. En el transcurso de su texto, Vera Estrada refiere un fragmento de las conclusiones de una investigación realizada, nada más y nada menos que en 1935, por una Comisión de Asuntos Cubanos (adscrita a la *Foreing Policy Association* de los Estados Unidos), con vistas a determinar el grado de depauperación económica y social que azotaba a la Cuba de los años ‘30 del siglo pasado. En estas conclusiones, que atendían a tipologías generalizadoras, se clasificó por aquel entonces a la sociedad cubana como de tipo “familística”. Resulta curioso cómo algunas de esas conclusiones todavía se hallan vigentes si tratáramos de clasificar ahora, en este segundo decenio del siglo XXI, a la familia cubana, a pesar de los drásticos cambios sociales acaecidos desde la década de los años ‘60 hasta los ‘70¹, así como del rediseño laboral y las búsquedas de alternativas de los

¹ Cambios que implicaron una redefinición del lugar de la mujer, tanto en el hogar como en el espacio público, y en la prioridad otorgada a la integración a las esferas políticas y económicas, en detrimento de la familia.

integrantes adultos de los núcleos familiares ante la imperiosa necesidad de sobrevivencia que dictaron los años '90. Leamos de aquellas conclusiones unas breves líneas: “Ninguna de las otras formas de organización social tiene fuerza comparable a la de la familia. [...] La familia cubana es interesante en sí misma por su forma de organización, el número de sus componentes, su fuerza y el papel que desempeña en la estructura social. [...] La posición de la mujer es excepcionalmente elevada” (Vera Estrada, 2008, 170)².

Como ha afirmado el sociólogo cubano Antonio Aja, a lo largo de la historia de la sociedad cubana una de las salidas adoptadas ante la crisis, es emigrar, ya sea de manera temporal o definitivamente. Esta decisión no singulariza a la Isla ni por asomo, y más si tomamos en cuenta que las migraciones aumentan vertiginosamente en el mundo ante las diferencias en el nivel de vida entre los países, la inestabilidad política, la pobreza y la búsqueda de mejores condiciones económicas y sociales (Aja, 2011), pero sí constituye un detonante significativo en la dispersión continua de la estructura familiar cubana desde hace ya varias décadas. Como un dato distintivo podemos señalar que, por generalidad, en las primeras oleadas migratorias con relevante volumen (del año 1959 hasta 1965) predominaron las salidas de núcleos familiares en su totalidad (me refiero a primera y segunda generación, e inclusión de la tercera con poca edad) de manera definitiva. En las últimas oleadas se ha observado, en cambio, cómo a manera de decisión

² Cita extraída por la autora de *Problemas de la nueva Cuba. Informe de la Comisión de Asuntos Cubanos*, Cultural S.A., La Habana, 1935, p.75.

colegiada, y según la distribución de roles, es a uno o dos de los miembros (básicamente los de capacidad laboral activa) a quienes les toca emigrar, ya sea como avanzada de la familia para facilitar la salida posterior del resto, o como alivio económico temporal, si la emigración es de esta índole. Y es que si algo ha caracterizado el flujo migratorio externo de Cuba en los años '90 del pasado siglo ha sido la combinación de ambos tipos de salida (la definitiva y la temporal, y dentro de esta última numerosas variantes) debido a ligeras flexibilizaciones de la política migratoria de Cuba ocurrida en el período señalado (Aja, 2011).

La ruptura en la relación familiar cubana, a causa de la emigración, ha transitado, pues, y a grandes rasgos, por distintas gradaciones. Estas van desde el asentamiento del grueso del núcleo familiar primario en un nuevo espacio geográfico –y por consiguiente, la prolongación de dicho núcleo en el exterior, lo cual transforma radicalmente tanto los vínculos con la red de parientes que quedan en la Isla, como la relación afectiva con la nación–, hasta el rompimiento desgarrador del centro del núcleo establecido en Cuba. Este rompimiento temporal, y hasta definitivamente (entre padres e hijos que conviven, incluso muchos de estos últimos aún sin mayoría de edad), ocurre en aras de búsquedas de bienestar colectivo, lo cual es altamente contradictorio en la medida que entraña sentimientos de pérdida, de vacío, nostalgia para el colectivo familiar, la red de parientes lejanos y de amigos (Vera Estrada, 2008, 191).

EL ÉXODO Y LA FAMILIA EN LA LITERATURA

En la obra poética de los escritores origenistas³, dentro de la tradición literaria cubana, es en la que el tema de la familia adquiere una relevancia particular. Sin embargo, del canto al entorno íntimo familiar de aquellos, y más tarde, en los años sesenta, de la lograda combinación de lo épico del momento al apego *familístico* aún vigente, llevado tanto a la poesía como a la narrativa por algunos escritores, se salta en la década de los '80 y '90 –en ambos géneros– a un reflejo literario muy diferente, debido a lo que acontece en el seno familiar: una profunda quiebra de valores y la afirmación de una identidad bien alejada del discurso institucional en que ha crecido la joven intelectualidad, nacida apenas unos años antes de 1959 o con posterioridad a esta fecha. El escenario, entonces, resulta terreno propicio para cuestionamientos de los hijos a los padres por las diferencias de valores que entrañan agudas contradicciones ideológicas y estéticas, de las cuales se hacen eco no solo la literatura sino también la música, el cine, el teatro y otras tantas manifestaciones artísticas.

Esta nueva identidad en conflicto, en los años '80, se complejiza con las ausencias familiares (aunque ya estas habían tenido una primera explo-

³ Grupo de autores que se nucleó en torno al escritor José Lezama Lima, fundador de la revista *Orígenes* (1944-1956), la más importante publicación literaria cubana de su época, animada por relevantes poetas y ensayistas de gran renombre, como Eliseo Diego, Cintio Vitier, Fina García Marruz, Virgilio Piñera, Gastón Baquero y Lorenzo García Vega, quienes dieron a conocer sus textos en esas páginas junto a creadores de diferentes latitudes y significativos artistas plásticos.

sión ante la obligatoria participación de los hombres en edad militar en las guerras de África y las colaboraciones en otros órdenes allí), debido al enorme flujo migratorio que se produce por el puerto de El Mariel, y en los '90 con la depresión social que tocó fondo e irradió mayoritariamente sobre todas las familias cubanas, con su respectiva eclosión migratoria a través de balsas, en el año 1994⁴. En el panorama de crisis económica imperante en los años 2000 no se observan grandes diferencias en relación con el decenio que lo precede, apenas ciertos cambios en las carencias materiales existentes. Por consecuencia, la búsqueda de nuevos espacios geográficos para tratar de solucionar las difíciles situaciones de la cotidianidad continúa siendo la única vía para construir un futuro mejor, si no de la familia en su totalidad, al menos de algunos de sus miembros. En este decenio se han sumado a las vías migratorias, generadas en el seno de las movilidades laborales que ya habían tenido su máximo esplendor en los años '90 (becas para superación profesional, contratos de trabajo, etc.), aquellas propiciadas directamente por la política del Estado (misiones médicas, educacionales y culturales en una gran cantidad de países del llamado tercer mundo). Al mismo tiempo han adquirido un gran auge, en los últimos años, las vías de permisibilidad migratoria, facilitadas por

⁴ Desde 1959, con la instauración del gobierno revolucionario, las salidas ilegales por vía marítima se volvieron una constante, con sus alzas y sus bajas en dependencia del flujo de emigrantes legales hacia territorio estadounidense permitido según los acuerdos (o desacuerdos) migratorios, y alentado este flujo por la Ley de Ajuste Cubano de 1966. Ante la aguda crisis económica, iniciada en 1990, ocurre un alza de salidas marítimas que tiene su eclosión en el verano de 1994 al producirse la salida de más de 36 700 personas en todo tipo de embarcación hacia territorio norteamericano.

regulaciones internacionales, fundamentalmente hacia dos países (con sus variantes respectivas): España y Ecuador.

Pese al transcurso de más de cincuenta años, el tema migratorio ha continuado focalizándose por parte de las estructuras políticas dirigentes de la nación, primordialmente, desde una posición ideologizada, la cual apenas sufrió modificaciones desde el momento de la instauración de la Revolución de 1959 hasta enero del año 2013. Más allá de algunas ligeras flexibilizaciones, relativas al regreso en calidad de visitantes, la emigración ha seguido viéndose como abandono de la patria (perspectiva justificada para los primeros años) y no como forma de sobrevivencia o de libre elección “paisajística”, sin tomar en cuenta que la cotidianidad cada día se torna más un barco a la deriva. De ahí que la posibilidad de retorno definitivo apenas ahora se contempla, e incluso de manera casuística y sí, en cambio, automáticamente, cada partida había entrañado para el protagonista de ella variantes de estigmatización, pérdidas materiales y de derechos constitucionales en su tierra natal, sin haber atentado contra la legalidad o la política⁵.

El eco literario en la Isla, a partir de los años 2000, de todo este panorama de desgarramientos y rupturas en la vida familiar cubana, no solo se ha

⁵ Desde enero de 2013 hasta el presente han ido paulatinamente instaurándose permisibilidades para que el acto migratorio no constituya un proceso de pérdidas y de regreso azaroso. El hecho de que, aun emigrando con carácter definitivo, si se visita la Isla antes de que transcurran dos años de la fecha de salida no se pierdan los atributos de un residente nacional, o incluso la posibilidad de solicitud de expatriación por aquellos que tienen ciudadanía norteamericana adquirida y quieran establecerse en la Isla, son medidas migratorias que han marcado un gran paso de avance para la normalidad de la migración circular propia de toda la América latina.

mantenido vibrante sino que se ha hecho cada vez más visible en un considerable número de obras pertenecientes a prácticamente todos los géneros. Sin embargo, ha sido en la novelística, por su posibilidad de profusión y detallismos, donde la temática ha tenido un lugar preponderante y, al mismo tiempo, en la escrita por mujeres, lo cual es explicable si recordamos en la estructura social cubana el papel desempeñado por las féminas en el núcleo familiar y, por consiguiente, cuánto pesan sobre ellas los cambios convulsos de este. Otro elemento importante a destacar es que algunas escritoras residentes fuera de la Isla, específicamente en los Estados Unidos, se han acercado a este tema con una intención de trazar la historia familiar, digamos que a todo lo largo y ancho de lo acontecido en los más de cincuenta años transcurridos desde 1959 hasta la fecha (y hasta desde años anteriores), con la posibilidad de total libertad expositiva, en la medida que no experimentan la obligatoria autocensura (ante la censura real), que sí han protagonizado autores residentes en Cuba en lo relativo a ciertos temas y a la manera de su abordaje. Las obras más representativas escritas en español, a mi juicio, son las novelas *Memoria del silencio* [2002], *Posesas de La Habana* [2004] y *La isla de los amores infinitos* [2006], de Uva de Aragón, Teresa Dovalpage y Daína Chaviano, respectivamente. Aunque escritas las tres en años cercanos, guardan entre sí marcadas diferencias expositivas de los acontecimientos literarios. En la Isla algunas novelas⁶ en el mismo período se han adentrado

⁶ La cuentística ha sido bastante prolífica.

también en la fragmentación familiar pero sin el explícito afán de centrar la historia contada en el fenómeno de ineludible trascendencia social. Los títulos más sobresalientes, al respecto, son *Las nubes dibujaron un carnero*, de Denia García Ronda, *Nadie es profeta*, de Laidi Fernández de Juan y *Todos se van*, de Wendy Guerra, publicadas las tres en 2006, así como *La esquina del mundo*, de Mylene Fernández Pintado, en 2011. Con un abordaje colateral del tema, pero que no permite ignorar sus especificidades, se hallan, por otra parte, *Las voces y los ecos* [2004], de Aida Bahr, *Desde los blancos manicomios* [2008], de Margarita Mateo Palmer y *Sangra por la herida*, de Mirta Yáñez [2010]. Pueden, pues, trazarse líneas de coincidencias y de continuidades en todo el conjunto hasta aquí enumerado, que articulan un corpus narrativo de ineludible significación.

Es quizás *Memoria del silencio* la narración más emblemática acerca de los desgarramientos familiares provocados por la salida de los cubanos hacia los EEUU, a partir del triunfo de la Revolución Cubana. Su argumento tiene como base originaria un cuento titulado “Round Trip”, incluido en el volumen *No puedo más y otros cuentos* [1989]. Ambos textos sostienen la tesis de que los afectos y los amores provenientes del seno familiar pueden ser socavados por las diferencias ideológicas, pero a la larga se erigirán triunfadores. De ello se hacen eco dos hermanas gemelas (Esperanza y Caridad en el cuento, y Menchu y Lauri en la novela). Un diario escrito de manera paralela por ambas hermanas, que llega al lector en alternancia de voces, es la estructura narrativa sobre la cual descansa *Memoria del silencio*, estructura complementada con un minucioso acopio de los reveses de la historia de

Cuba desde 1959 (mediante la transcripción de noticias de prensa, discursos, entrevistas, etc.), así como de las etapas que marcaron transiciones y han ido tejiendo el telón de fondo de la familia fragmentada. Una familia en la cual ya las nuevas generaciones, por la separación, no se conocen entre sí y, al mismo tiempo, es imposible para ambas hermanas dar el último adiós a varios miembros fallecidos, ya sea en la Isla o en los Estados Unidos. Aquí Uva de Aragón aborda sin cortapisas las consecuencias traumáticas ocasionadas por la política migratoria del Estado cubano, manejada “en función de las hostilidades políticas vigentes” (Aja, 2011) con el mayor país receptor, política ajena al desplazamiento recurrente y circular que caracteriza las migraciones internacionales. También se desliza el tópico de “la opinión subvalorativa de la familia en general”, en aras de integrar masivamente a la mujer en la vida social, según propósitos explícitos del Estado socialista cubano, así como el de la pérdida del prestigio y la funcionalidad familiar por presiones políticas (Vera Estrada, 2008). En defensa ante la agresión síquica que representa el hecho de la separación para prácticamente todos los miembros de los núcleos familiares en su conjunto –y más en la fecha que ocurre, justo cuando el acto de emigrar solo tiene como significado “abandono de la patria”–, la autora esgrime la tesis de la igualdad en las intensidades de los conflictos, tanto para los que se marchan como para los que se quedan, obviando las experiencias individuales (de ahí su elección de unas hermanas gemelas como protagonistas y del contrapunteo entre las emociones de ambas). De manera que cuando escuchamos a Menchu y a Lauri, una de visita en Miami y la otra en La Habana, pueden ser intercambiables sus reflexiones acerca del reencuentro:

Habíamos compartido íntimamente nuestra infancia y adolescencia, y ahora nos reencontrábamos para develar el misterio de lo que había del otro lado de ese muro de agua y de incomprensiones que había separado a los cubanos [Voz de Menchu llegando a Miami. Aragón, 18]

Ahora, apenas dejamos de ver los Everglades, cuando, entre nubes, se divisaba ya la costa norte. Dios mío, es como una máquina del tiempo. Cuarenta años salvados en cuarenta minutos. Cuatro décadas en que mi tierra ha estado tan lejos cuando en realidad ha estado tan cerca [Voz de Lauri llegando a La Habana. Aragón, 241]

Como la voz autoral de *Memoria del silencio* es la de alguien que se ha ido, el mayor énfasis en los desgarramientos recae en el personaje literario de Lauri (la gemela que emigró): la inadaptación al exilio, la conciencia de la no pertenencia a la cultura foránea y de que la Cuba recordada solo está en los sueños, el triste convencimiento de la pérdida del pasado por ausencia de un presente de continuidad. Por consiguiente, la alusión a las repercusiones síquicas en los que se quedan, debido a la partida de la familia y los amigos, se halla en desventaja, lo cual resulta, si a honestidad escritural se refiere, ampliamente comprensible. No obstante, dentro de este corpus narrativo encontramos una novela, y no por casualidad escrita en la Isla, que sí ha calado con emotividad en ese otro costado de las pérdidas. Se trata de *Las*

nubes dibujaron un carnero, primera y hasta ahora única novela escrita para adultos de Denia García Ronda. La visita de Marcial a La Habana, el viejo y único amor verdadero de la voz narradora y protagonista (anónima)⁷, y su camino hacia la cita con él, después de más de diez años de separación, desatan el recuento de todo su pasado, en el que es muy explícito el punto de vista generacional y la marca de género. No solo Marcial se ha marchado de su vida, sino también toda la familia de ella, y se ha quedado en el país como integrante de la generación cubana más entusiasmada con el triunfo de la Revolución, la que más se entregó a todos los cambios sociales y, por consecuencia, quien experimentó, para bien y para mal, simultáneamente, aquellas transformaciones radicales en la estructura familiar establecida; la que creyó firmemente en todos los proyectos y luego tuvo que ir asimilando con desgarramientos –sin perder la fidelidad– las variantes muchas veces no satisfactorias. De ahí, entonces, la pervivencia en esta obra de la nostalgia por un pasado que le perteneció (Fornet, 2006, 106-108), que vio demolerse para dar cabida a otra distinta demolición (de entornos queridos y honestidades esgrimidas) y el dolor de las ausencias: “Una de las cosas más difíciles para el que no emigra es la asimilación de la confesión *Me voy del país* de cada familiar, de cada amigo, y la constante recomposición de su lista de amistades cercanas, esas a las que se puede visitar, invitar, llamar de madrugada para descargar una angustia o una alegría” (García Ronda, 2006, 164-165).

⁷ Recurrencia en muchas de las narraciones de mujeres de los últimos años para encubrir o enfatizar el carácter abiertamente autobiográfico de lo contado.

Tal orfandad es justo el centro temático del título de Wendy Guerra, *Todos se van* y, al igual que la novela de Denia García Ronda, es una fabulación autobiográfica de una buena porción de vida ya transcurrida, solo que aquí el hecho migratorio resulta para Nieve, protagonista de *Todos se van*, la causa de su inxilio. Ella no se marcha de la Isla, se queda también, aunque se han marchado sus abuelos, el buen padrastro, el padre, el mejor amigo de la familia, el primer amante, el amigo incondicional de los años de estudios universitarios... pero está inmóvil, la “dejan sola. Ya no suena el teléfono” (Guerra, 2006, 242). Narrada en forma de diario infantil y juvenil, esta novela abarca el período histórico-social cubano comprendido desde el año 1978 hasta el mes de abril de 1990 y, a pesar de su poca extensión cronológica y también en páginas, comprende, como *Memoria del silencio*, una suma considerable de alusiones a hechos sociales con marcada carga ideológica que, en mayor o menor medida, motivan el acto migratorio desde la Isla. A diferencia de la protagonista de *Las nubes dibujaron un carnero*, Nieve no se aferra para continuar “fiel” a la nación y a las pequeñas cosas que aún perviven, a la tolerancia de ciertos errores, al humor como arma de defensa ante las adversidades, sino que se encierra en sí misma, no se marcha pues afuera se siente en peligro y adentro se siente confortablemente presa, lo cual, de alguna manera, remite a la identidad perdida, tema tan caro para los escritores cubano-americanos, solo que esta pérdida se ha producido dentro de la propia nación de origen.

Otra protagonista anónima, la de la novela de la autora Aida Bahr, *Las voces y los ecos*, tiene como sostén inquebrantable ante las adversidades de

su vida universitaria en Santiago de Cuba, la casa familiar, por el arraigado amor entre sus habitantes, más allá de las disímiles contingencias políticas que tanto le han hecho debatirse si se queda o se va del país. Esta familia es vista como eje transmisor de tradiciones e identidades que han forjado principios encomiables, y si alguna vez se la ha visto resquebrajarse ha sido como consecuencia de la emigración de algunos de sus miembros. El primer éxodo, en los años '60, redefine proyectos de supervivencias, pero el segundo, justo en 1980, hace tambalear por algunas horas la única estabilidad segura que le ha quedado a la protagonista. Por consiguiente, la familia que ha permanecido en la Isla experimenta en su totalidad un sentimiento de nostalgia ante la dispersión de las identidades (los que se van se llevan al país receptor una parte que ha sido propiedad de todos). De ahí que no por casualidad en su lecho de muerte la tía modelo, la considerada el horcón familiar, se hace eco de las esperanzas y los sueños de los que se han quedado: muere con la ilusión de que puedan hallarse “todos juntos otra vez” (Bahr, 2006, 140). Esta unión es solo concebida como posible en Cuba, de manera que se asiste aquí a un explícito rechazo al abandono del suelo patrio, pero no asumiendo el hecho como un principio político, sino como conflicto familiar (Fornet, 2006, 103). Igual rechazo experimenta Natacha, voz narradora que alterna con una omnisciente, en la novela debida a Laidi Fernández de Juan titulada *Nadie es profeta*. En ella se priorizan las conmociones personales, pero, como en *Memoria del silencio*, sí se evidencia, pero en un sentido político diametralmente opuesto a esta última, una declaración de principios ideologizada. De tal suerte, al margen de la fusión y la alternancia de las voces narrativas

(lo cual deja en la ambigüedad la posición autoral) se observa aquí el uso de calificativos como exilio, gusano y enemigo, que nos remontan a una literatura comprometida con la voz pública estatal, en ocasiones desde una mirada burlesca y en otras haciéndose partícipe. Así, por ejemplo, Natacha, tras una discusión sin trascendencia con su hermana que está de visita, le recuerda su traición a la patria por haberse ido, más allá de lo del abandono a los padres y a ella.

Una escritora que ha hecho recurrente en su obra narrativa⁸ el tema de la emigración de Cuba, específicamente hacia los Estados Unidos, es Mylene Fernández Pintado (1963), y para ser más precisa, es probablemente la voz que desde la Isla (aunque actualmente reside en Suiza) se ha adentrado con más verosimilitud, desde una perspectiva sarcástica y distanciada, en las peculiares características de la emigración cubana hacia distintas latitudes y, especialmente, en los contextos sociales miamenses, en las nostalgias e idealizaciones que imperan en una buena parte de los que se marchan y, específicamente, en ese flujo migratorio de los años '90, integrado básicamente por jóvenes. Su novela *Otras plegarias atendidas* [2003] tiene como argumento un viaje a Miami por asuntos académicos y luego su regreso a La Habana, con una estructura externa de la narración en función del movimiento entre ambas ciudades. El hilo narrativo persigue el análisis ontológico de las secuelas síquicas que ha dejado el hecho migratorio en los

⁸ Desde su primer libro de cuentos *Anhedonia*. Ediciones Unión, La Habana, 1999 hasta *Little woman in blue jeans*, Ediciones Unión, La Habana, 2008.

cubanos en general, pero en el que según la autora le ha tocado la peor parte a los que no pueden regresar:

[...] y porque en esta máquina del tiempo que es Miami, aparato que te mueve en todas direcciones, prefiero detenerme en la de los que son como yo, que no están reviviendo los cincuenta que no conocimos, sino justamente tratando de vivir el fin de siglo como se supone que se viva, aprovechando todo lo bueno que hay aquí y mezclándolo con todo lo bueno que hay en nuestras cabezas y porque así somos los mismos suplicantes con casi todas las plegarias atendidas. Y La Habana que echamos de menos es la del día antes de venir y no de las revistas *Romances* (Fernández Pintado, 2003, 123)

Mediante una voz inquisitiva, acusadora y burlesca, Mylene Fernández Pintado plasma las reacciones síquicas de los emigrados y toma partido, desde su voz omnisciente, por los que se quedan. Es en su novela *La esquina del mundo* [2011] la autora se adentra en el tema que nos ocupa, en el de la fragmentación familiar en su mismo centro, es decir, a nivel de pareja. La decisión de partir del joven Daniel hacia España, en busca de nuevos horizontes, determina la soledad de Marian, la protagonista, quien ha encontrado en él al gran amor, con quien ha soñado construir la familia que no tiene. Tanto sus parlamentos como las de un personaje llamado BiDi, reafirman

la posición autoral anterior. Escuchemos un fragmento de un diálogo entre él y Marian:

—Los que están fuera necesitan más de nosotros que nosotros de ellos —me respondió—. Nuestros problemas se resuelven con algunos dólares. Lo que necesitan ellos no cabe en un paquete de correos.

—Un día llega la esperada primera visita a Cuba —prosigue como un visionario BiDi—. Están aquí y no son de aquí. La Habana les es más ajena que Jakarta. Y piensan que quieren volver a casa. ¿Pero no era esta su casa? No pertenecen a ningún lugar [...] (Fernández Pintado, 2011, 107)

Colateralmente quisiera señalar que en *Otras plegarias atendidas* la voz de la protagonista-narradora se percibe como un auténtico y verosímil eco literario de vivencias que la autora ha tenido dentro de la comunidad de emigrados de manera directa y no mediante información libresca o testimonial de otros⁹, de ahí la conmoción que se percibe ante el drama de la no pertenencia.

Las novelas *Desde los blancos manicomios*, debida a Margarita Mateo, y *Sangra por la herida*, de Mirta Yáñez, aunque más alejadas en su centro ar-

⁹ La autora vivió entre 1996 y 1997 de manera ininterrumpida en Miami y luego ha estado en otras ocasiones.

gumental del tema que nos ocupa, no pueden ser obviadas. En la primera, el personaje protagonista es una perturbada mental llamada María Mercedes Pilar de la Concepción, autodenominada Gelsomina, quien logra transmitir al lector todo el drama que supone la pérdida del contacto con la realidad. Pero, al mismo tiempo, también reafirma, como expresara la ensayista Cira Romero, que “sólo al borde de la locura, o en la locura misma encontrarán [todos los personajes] la inocencia perdida o nunca poseída” (Romero, 2009, 3). Por consecuencia, el instante de lucidez suprema de Gelsomina es aquel en el cual se hace más palpable su pérdida de la razón. Por ello se fabrica una isla imaginada; le resulta más fácil seguir pernoctando en la locura que regresar del manicomio a la realidad cotidiana que la aplasta. Y en esta realidad está su familia, las otras voces narrativas principales que tejen la urdimbre literaria de la novela: una madre anciana y autoritaria, casi más enloquecida que su propia hija; un hijo adolescente, obsesionado por ganar una carrera de velocidad, y su hermana exiliada en Miami. Y es precisamente esa hermana exiliada la portavoz del drama de la separación, por medio de las cartas que escribe a Gelsomina, sabiéndola encerrada en un manicomio. Ella, a su vez, llamada María Estela, con anécdotas hilarantes, dignas de lo mejor de la literatura humorística, no solo permite el imprescindible desahogo que se requiere como anticlímax ante la intensa y perenne angustia transmitida por Gelsomina en cada uno de sus parlamentos (Fernández de Juan, 2006, 153), sino que va mostrando toda una radiografía de su condición de emigrada, de eslabón quebrado de la familia que ha quedado en Cuba. Su desarraigo resulta atolondramiento casi demencial y, hasta por momentos, más que el

de su hermana en la Isla. Tiene conciencia de ello, se burla de sí misma, de los esquemas repetidos en cada uno de los viajes a Cuba, de la incompreensión de su marido, por ser cubano-americano, ante muchas de sus emociones y añoranzas por lo dejado atrás. Al mismo tiempo, y casi como idea recurrente que podría cerrar el círculo entre *Memoria del silencio* y esta novela escrita aquí, este personaje vuelve, como una de las hermanas gemelas, sobre el tema de ese espacio infinito de separación de la familia que apenas dura 45 minutos de vuelo. En su última misiva está eufórica pues pronto verá a toda la prole y, aunque sabe de lo azaroso de esos regresos, está consciente de que no son más “que gajes del oficio, un karma al que no se puede renunciar” (Mateo, 2008, 224).

Otra Estela, pero así, sin el María, es justo el personaje portavoz del drama de la emigración en la novela *Sangra por la herida*. Estructurada con los nombres de los personajes y el despliegue de sus conflictos, esta afamada novela es un certero recuento y recreación artística de la pérdida de ilusiones de la generación del sesenta, de la cual forma parte la autora, y un balance de distintos estratos sociales mediante un excepcional rigor artístico. Con predominio de un punto de vista femenino, reafirmado en la única voz narrativa en primera persona, correspondiente a Gertrudis, la ironía, la nostalgia, el humor negro, etcétera, encuentran blanco en temas universales como la culpa, el arrepentimiento y la muerte, pero circunscritos, estos, a su vez, a un contexto nacional hartamente explícito, del cual se hace portavoz un personaje singular y memorable: Mujer que habla sola en el parque. La singularidad de Estela, dentro de la polifonía de voces, estriba en que es el único perso-

naje que no vive en esa Habana “que se muere”, como siempre cierra sus parlamentos “la loca” del parque. Ella vive en Londres y es una emigrada, pero su emigración es cómoda, no ha sido impuesta, puede regresar cuando quiera a la Isla por su condición de funcionaria. Pero tal comodidad no implica placer o al menos la hace una grata persona, todo lo contrario. Reúne un sinnúmero de frustraciones y amarguras, agazapadas en su confort, que la hacen cínica, vacía e infeliz. Y la infelicidad mayor está en la ausencia de familia. No hay nostalgia por esta, a diferencia de los personajes de las novelas anteriormente estudiadas, sino una apatía y un desprecio que la sumen, a un tiempo, en una soledad inconmensurable. Quizás estemos asistiendo ya a una visión nueva y oculta en la literatura acerca de la escisión de la familia provocada por la emigración.

GENEALOGÍAS FAMILIARES QUE TRAZAN UNA GENEALOGÍA DE LA ISLA

En 1999 la escritora cubana Daína Chaviano, quien salió de La Habana en los años ‘80 y se estableció en Miami en 1991, expresaba en un texto reflexivo acerca de la relación entre la escritura y su condición de emigrada: “La literatura es también mi método de explorar, no solo los tránsitos del espíritu, sino los avatares del destino colectivo; es mi recurso para tratar de desentrañar esa maraña de hechos que unió a tanta gente y que, más tarde, nos ha llevado a una diáspora desconcertante” (Chaviano, 1999, 75). Un año antes, en 1998, la autora, consecuente con estos presupuestos ideostéticos, publicaba la novela *El hombre, la hembra, y el hambre*, a la cual le seguirían *Casa de juegos* [1999] y

Gata encerrada [2001], integradoras todas de un ciclo novelístico que no por azar tituló “La Habana oculta”. En una entrevista realizada en el año 2001 a Daína¹⁰, cuando estaba próxima a salir *Gata encerrada*, ella comentaba:

Cuando salí de la Isla quise relatar una serie de hechos de los que había sido testigo. Eran vivencias relacionadas con la vida cotidiana de todo cubano que me habían llenado de dolor y desconcierto. [...] Las novelas de “La Habana oculta” nacen de ese dolor, que he tratado de sublimar, aunque no mediante la fantasía, sino rescatando de la memoria aquello que no quiero olvidar. Explorar mi Habana desde lejos me ha servido para profundizar en las razones de mi angustia [...].

La isla de los amores infinitos cierra el ciclo “La Habana oculta” y fue publicada en 2006. En las tres novelas anteriores mencionadas se hace evidente el propósito de la autora de rescatar de la memoria lo que ha dejado en la Isla, desde la perspectiva de personajes que permanecen y sufren allí. Para el cierre del ciclo, Daína Chaviano se adentra en esos “avatares del destino colectivo” en una escala mayor: el recuento de una gran parte del transcurrir histórico y cultural de la nación (desde 1850 hasta los años 2000) mediante una estructura narrativa cíclica en la que se entrecruzan personajes represen-

¹⁰ Esta entrevista fue continuada en febrero de 2013 y publicada en *La Gaceta de Cuba*, La Habana, no. 3, a.20, mayo-junio de 2013, 44-47.

tativos de las etnias migrantes consideradas como ancestrales de la cultura cubana: la española, la africana y la china. Estos personajes, por sus relaciones amorosas, van mezclándose entre sí una vez que arriban a la Isla y tejen sus presentes y sus futuros, segmentos, al fin y al cabo, de la historia de Cuba. Las tres familias protagónicas tienen en sus manos algunos de los hilos de la madeja que fue moviendo la historia nacional, hasta la de las emigraciones más contemporáneas. Cecilia, la protagonista, es la emigrada actual, la de los años '90, y está alejada del pasado cubano en tiempo y espacio (no es descendiente familiar directa de los tres núcleos centrales y va conociendo la historia mediante diálogos sostenidos con una anciana llamada Amalia, en una dimensión irreal y en un café de Miami). Sin embargo, estando fuera del país, y por avatares narrativos, Cecilia es el puente de unión del destino último de las tres familias. Mientras escucha cada noche a la anciana, se reencuentra, mitiga la soledad que la embarga y corrobora el sentido de su no pertenencia total ni a Miami ni a La Habana. Va descubriéndose en la música de su país natal, en los relatos de la anciana de los conflictos clasistas y raciales, en los cultos sincréticos. Ha estado ella también, paralelamente, en una dimensión irreal, en busca de una casa deshabitada que se aparece y desaparece de manera fantasmagórica en los sitios más impredecibles de la ciudad de Miami, búsqueda que no es más que el reflejo, en el subconsciente, de la ausencia de su familia toda, de sus raíces más autóctonas. Su unión amorosa con un personaje llamado Miguel, a quien conoce casi cuando estamos a punto de cerrar las últimas páginas, y que no es otro que el nieto de Amalia, recién acabado de llegar a Miami desde la Isla, es el que vuelve a

Cecilia puente de unión de esa gran familia que por encima de la ficción es alegoría de su país natal.

Al inicio aludía a cómo ya a inicios de los años noventa en las distintas manifestaciones artísticas producidas en la Isla, los valores pregonados como éxitos por la institucionalidad gubernamental son puestos en solfa. Desmembramientos, falsedades y una profunda crisis de identidad imperan en la mayoría de los núcleos sociales cubanos y de ello se hace eco una elevada producción literaria debida a aquellos autores que llegan a la escritura hacia finales de los años '80 y hasta un poco antes. Como ha afirmado el crítico Jorge Fornet, se instaura una retórica de la demolición en el imaginario nacional (2006, 107) que transmite el deseo, desde adentro, y mediante el destierro de un modelo literario ya caduco, de cuestionar la inviabilidad del modelo social que continúa afirmándose. De ahí la insistencia temática en las obras en la depauperación física de la ciudad, en las desigualdades sociales y raciales encubiertas, en las deshonestidades, el cinismo y la mentira como instrumentos de sobrevivencia para un significativo segmento de las nuevas generaciones. En esta visión de “desencanto” o “desencantamiento”, según se ha preferido catalogar¹¹, muy variadas han sido las perspectivas asumidas, y de esa etapa han quedado ya voces literarias imposibles de eludir¹².

¹¹ Ha sido el crítico Ambrosio Fornet quien le ha dado otro matiz al término empleado por su hijo.

¹² Nombres como los de Ena Lucía Portela, Antonio José Ponte, Ronaldo Menéndez, y Leonardo Padura, entre otros, son en la actualidad escritores que la crítica internacional ha reconocido y laureado por su calidad incuestionable en la literatura cubana contemporánea.

Varias antologías, así como publicaciones periódicas de la Isla, recogieron una llamativa muestra en el terreno de la cuentística de esta variante de *dirty realism*, surgida y consolidada en los años '90. También fuera de Cuba ocurrió una explosión editorial de autores cubanos, centrados en los temas y visiones enunciados, sin dudas con un marcado énfasis comercial, pero también dicha explosión abarcó algunas novelas y libros de narraciones representativas y trascendentes, desde distintos ángulos, así como de voces que de hecho se habían iniciado en la literatura un poco antes de la década mencionada¹³. Sin embargo, aunque los conflictos dentro del seno familiar no estuvieron ajenos a las tramas, podría afirmar, casi categóricamente, que no es hasta 2004, y no precisamente en Cuba, sino en los Estados Unidos, que se publica una novela que tiene como absoluto centro de atención temático el deterioro familiar en la Cuba de los '90. Me refiero a *Posesas de La Habana* [2004], de Teresa Dovalpage, autora nacida en La Habana, donde terminó sus estudios universitarios, para luego emigrar a los Estados Unidos en 1996.

Como la autora ha afirmado, la historia contada en *Posesas de La Habana*, más allá de las desfiguraciones y distorsiones de la realidad que implica el acto de la creación, se nutre, esencialmente, de una gran parte de sus experiencias personales y de los miembros de su genealogía. Así, cuatro mujeres de cuatro generaciones diferentes e imbricadas por la unión materna, narran

¹³ Pienso en novelas como *La nada cotidiana* de Zoé Valdés, *Tuyo es el reino*, de Abilio Estévez, o las narraciones de Pedro Juan Gutiérrez agrupadas bajo el título de *Trilogía sucia de La Habana*.

sus vidas (desarrolladas desde mediados de los años '40 del siglo pasado hasta principios de los años 2000) mediante monólogos interiores sucesivos. El presente tiene como escenario un mísero apartamento de Centro Habana, en el cual las cuatro protagonistas esperan en una noche de apagón, con hostilidad, hambre y un montón de frustraciones a flor de piel, que regrese la electricidad tras largas horas de esperarla. Cada una de estas mujeres, en las secciones narrativas que les corresponden, ofrece la versión de su historia personal, así como la de las otras tres, y de algunos otros personajes referidos. Las versiones se complementan y se contradicen a un tiempo y, justo en la dada por la más joven del tronco, la nacida en los años '90, se cierran el ciclo y la novela. Solo hay cabida para la tristeza en el final: las cuatro vidas no vislumbran un futuro mejor y la ciudad las envuelve en la penumbra. Vuelcan sus amarguras y angustias existenciales y, en lugar de estar unidas, para mediante la solidaridad mitigar las vicisitudes, hacen de la convivencia un aquelarre familiar dentro del cual la bruja peor es la joven llamada Beiya (imitación fonética del nombre de la protagonista de una telenovela brasileña, pasada por la televisión cubana justo en los años '90). Ella es hipócrita, desdichada, causante de una de las principales discordias en que están inmersas en la noche del presente narrativo. Hasta aquí tal parece que al lector le será difícil sostener la lectura de tantos desgarramientos, que se hastiará de la ausencia total de una esperanza para el destino de esas vidas y abandonará, abatido, la lectura. Todo lo contrario, pues es tal la comicidad lograda mediante parodias, refranes populares y el chispeante vocabulario de estas mujeres, centrado tanto en frases como en las circunstancias políticas de

la etapa que corresponde al presente narrativo, que el lector se sumerge en estos oasis humorísticos y sigue la lectura con entusiasmo. Escuchemos una pequeña muestra lexical de dos personajes bien distantes generacionalmente, Bárbara Bidas, la bisabuela (Abuelonga), y de Catalina, una de sus nietas. Esta última, personaje no protagonista, sino referido, e integrante por edad y vínculo sanguíneo de la tercera generación, es la única que salió de la Isla en busca de mejores horizontes. Dice Abuelonga de Catalina:

La comunista. Ja. Cuando yo lo digo, que en nadie se puede creer ya. Nos engañó a todos bien engañados. A los de la casa y a la gente de su trabajo, sus compañeros del Partido que no podían creer que los había dejado en banda, largándose para el norte como la primera gusana. [...] Se acostaba dándole vivas a Fidel Castro y se levantaba cantando marchas guerrilleras. Que hasta habló de cambiarse el nombre, Catalina, por Katiuska, porque le sonaba más revolucionario así. ¡Alabao sea el santísimo sacramento de la sirvengüenzada! [...] La voltereta fue tan rápida que me dejó turulata.

Y escribe Catalina:

Querida familia:

[...] De mí les cuento que ya me dieron la *green card* perma-

nente, que es la tarjeta de residencia americana. Ahora puedo entrar y salir del país sin problemas. Deja ver si para el año que viene les caigo por La Habana. Coño, tengo tremendas ganas de verlos. Y de pararme en el balcón a mirar los árboles de Carlos Tercero, el framboyán del Emergencias y hasta la cola de los camellos. Sigo engordando [...]. Hasta nalgas he sacado y eso que yo siempre fui un poco planchada [...] pero es masa perdida, porque aquí los culos no son *cool*. [...] Me voy a tener que poner a dieta con los Weight Watchers.

Este tono satírico y burlesco recorre de principio a fin *Posesas de La Habana* y se recrudece al intervenir Beiya. Es apenas una adolescente en los años 2000, débil, desdichada, triste, traumatizada por la ausencia del afecto paterno, las vicisitudes materiales y el exceso de consignas vacías. Como consecuencia enarbola hasta la saciedad un distanciamiento despiadado hacia toda la familia. Tras este distanciamiento, encubierto con cinismo e hipocresía, está el pesar por su destino, y la autora evade el melodrama real agazapándolo tras innumerables vulgaridades del léxico narrativo de Beiya, parodias de canciones y de textos emblemáticos de la historia cultural de la nación, todo lo cual logra provocar la carcajada, si es un lector cómplice y no ajeno a las intertextualidades. Pero paralela a la risa está la conciencia del desamparo y la cada vez mayor depauperación de toda esta familia que, al fin y al cabo, es el reflejo de una parte de la nación.

Estas dos últimas novelas analizadas, desde perspectivas muy alejadas en-

tre sí (tanto en lenguaje narrativo, escenario central como conflictos individuales) se hermanan en su unidad espiritual. Pienso que ello obedece a que ambas autoras, alejadas de la Isla ya en edad de adultez, no tienen una cultura bifurcada, y poseen una visión del espacio y la historia nacionales distante de las nostalgias y las esperas de que todo volverá a estar en su sitio, como refleja *Memoria del silencio*. La manera que tienen Daína y Teresa de reinventar la nación parte, también, de los orígenes y la familia, pero se aleja de convenciones formales. La primera apela al convencimiento de la hibridez cultural del país natal, que justo la distancia del exilio voluntario le ha permitido sedimentar; la segunda, mediante una cruda sátira, echa por tierra la visión de una Cuba soñada, casi bucólica, llevada a la literatura por las primeras generaciones de escritores emigrados en los 60 y 70, para mostrar, mediante un núcleo familiar, los derrumbes morales en la Isla de jóvenes desolados, promiscuos, iconoclastas, acompañados de unos ascendientes cada vez más envejecidos, sin esperanzas, y como afirmara un afamado escritor¹⁴, sumergidos, todos, en el cansancio de la espera.

¹⁴ Leonardo Padura Fuentes ha manejado esta idea en reiteradas crónicas suyas acerca de la realidad cotidiana del país.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aja, Antonio. "Cuba y la emigración: retos del siglo XXI." Viernes, 07 de octubre 2011. < <http://diasporaydesarrollo.com/index.cfm/datos-de-la-publicaci-n?ID=9fa344af-facc-414d-a3cf-dcd0f5b8e97d>>. Acceso en 20 de febrero de 2015.
- Bahr, Aida. *Las voces y los ecos*. Ediciones Unión, La Habana, 2006.
- Chaviano, Daína. "Eva en el paraíso sin manzanas". In: *Cuba: voces para cerrar un siglo (II)*. Compilación y prólogo de René Vázquez Díaz. Centro Internacional Olof Palme, Estocolmo, 1999, 64-76.
- _____. *La isla de los amores infinitos*. Editorial Grijalbo, Barcelona, 2006.
- Dovalpage, Teresa. *Posesas de La Habana*, Pureplay Press, Los Ángeles, 2004.
- Fornet, Ambrosio. *Narrar la nación*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2009.
- Fornet, Jorge. *Los nuevos paradigmas. Prólogo narrativo al siglo xxi*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2006.
- Fernández de Juan, Laidi. *Nadie es profeta*, Ediciones Unión, La Habana, 2006.
- _____. "Desde los blancos manicomios". In: *Casa de las Américas*, La Habana, no. 258, ene.- mar., 2010, 152-154.
- Fernández Pintado, Mylene. *Otras plegarias atendidas*. Ediciones Unión, La Habana, 2003.
- _____. *La esquina del mundo*. Ediciones Unión, La Habana, 2011.

- García Ronda, Denia. *Las nubes dibujaron un carnero*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2006.
- Guerra, Wendy. *Todos se van*. Editorial Bruguera, Barcelona, 2006.
- Mateo Palmer, Margarita. *Desde los blancos manicomios*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2008.
- Romero, Cira. “*Desde los blancos manicomios*”. In *La Letra del Escriba*, La Habana, no.76, ene.-feb., 2009, 3.
- Vera Estrada, Ana. “Continuidades y rupturas en la vida familiar de los cubanos”. In: *Familias y culturas en el espacio latinoamericano*, Universidad Iberoamericana/Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2008, 163-204. (Compilación de Ana Vera Estrada y David Robichaux.)

